

*nebris non venire?* S. Cyprian. cont. Demetr.

*Ubi populus sui pastoris incuria spiritualem famem caelestis doctrinae patitur, ibi est omnis pietatis et religionis exterminium.* S. Chrys. hom. 54 in Gen.

*Absque notitia Creatoris sui, omnis homo pecus est.* S. Hieron. lib. 2, epist. 22.

*Aucti ad vana, hebetes ad divina.* S. Ambros.

*Non tibi deputatur ad culpam quod invitus ignoras, sed quod negligis quærere quod ignoras.* S. Aug. lib. 3 de lib. arbit. cap. 19.

*Ideo divina praecepta data sunt, ut homo de ignorantia excusationem non habeat.* Id., lib. de Grat. et lib. arbit.

*Hæc est causa impetiatis christianorum, quod videntur excusare se de eo quod ignorant.* Idem, lib. 4 de lib. arbit.

*Sicut Deum non licet contemnere, sic non licet ignorare.* S. Chrysolog. in Serm.

*Nullus in culpa magis est, quam ille qui Deum nescit.* S. Isidor. lib. 2 Sentent.

*Frustra sibi de ignorantia bladiuntur, qui ut liberius peccent, libenter ignorat.* S. Bern. de grad. humilit.

Véase: CEGUEDAD.

diferencia de alma, es una ceguera y una locura.

El pueblo fiel, que está hambriento de la palabra de Dios por descuido de sus pastores, necesariamente perderá todo resabio de piedad y religion.

El hombre, que no tiene conocimiento de su Criador, es como un irracional.

Muchos son muy inteligentes en ciencias inútiles, pero muy torpes para las divinas.

No se atribuye á pecado lo que ignoras involuntariamente, sino la negligencia en aprender lo que no sabes y debes saber.

Dios publicó solemnemente sus preceptos, para que el hombre jamás pueda alegar el pretexto de ignorarlos.

El origen de la impiedad de los cristianos consiste, en persuadirse de que no pecan en lo que ignoran por su culpa.

Así como nunca es lícito ofender á Dios, tampoco lo es no conocerle.

Nadie está más esclavizado por el pecado, que el que no quiere conocer á Dios.

En vano confían en su ignorancia, los que de propósito no quieren saber, para pecar con más libertad.

## IGUALDAD EVANGÉLICA.

*Egenus factus est, cum esset dives... ut fiat equalitas.*

Siendo rico se hizo pobre... para que resulte igualdad.

(II Cor. vii, 9 et 14.)

La gloria, que gozan en el cielo los Santos, consiste, en poseer á Dios, tanto cuanto son capaces, en recrearse con la vista de sus infinitas perfecciones, y en amarle con una dulce y feliz necesidad. Dios es la luz que los ilumina; Dios, la gloria en que se anegan: Dios, el gozo que los suspende: Dios, la vida que disfrutan; Dios, en fin, la eternidad felicísima en que descansan. ¡Qué bienaventuranza! ¡qué gozo tan dichoso, no ver más que á Dios, no pensar en otra cosa que en Dios, y no amar otros objetos que Dios! La verdad es la base en que se funda; la santidad, sus efectos; toda una eternidad, su duración. Este es un gozo efectivamente real y sólido, cuya plenitud es infinita, cuyos enajenamientos son incomprensibles, y cuyos éxtasis son enteramente divinos. ¡Oh! ¡quién pudiera librarse de la pesada cárcel de este cuerpo mortal! ¡quién me diera alas de águila ó de paloma, para volar á aquel eterno descanso de mi Dios! Pero, no penseis, amados oyentes, que todos los Santos participan igualmente de esta gloria. Cada uno recibe de ella á proporcion de sus méritos; y éstos, no son en todos iguales. Sin embargo, cada uno es bienaventurado, porque está enteramente contento con aquella porcion de gloria, que le es repartida por la divina justicia. En el cielo no hay ni puede haber igualdad. Pues ¿cómo pretenden algunos, que la haya en la sociedad humana, donde el nacimiento, la industria, el talento, la fortuna, las costumbres, y todo, todo es desigual? ¡Oh quimera! ¡Oh delirio! No hubo, ni hay, ni habrá jamás en el mundo otra igualdad sólida y verdadera, que la que nos prescribe el Evangelio. De ésta voy á hablaros hoy. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Abusaría yo, tal vez, de vuestra atencion, si me detuviera en demostraros, que la misma naturaleza es enemiga de la igualdad. Todas

sus producciones son desiguales. Esta desigualdad forma la belleza del universo, y el recreo de nuestra vista. Nos fastidiarian sobre manera unos entes enteramente uniformes. Lo mismo que sucede en el orden físico, sucede en el político y el moral. Leed la historia del género humano, y ella os dirá, que los hombres no son iguales en otra cosa, que en ser hombres. Todo lo demás, génio, carácter, fuerzas, ingenio, semblante, industria, es en ellos desigual. De aquí resulta, que uno es fuerte y otro débil: uno docto y otro ignorante: uno rico y otro pobre. Si se escuchasen, pues, los sentimientos de la naturaleza, y se reflexionase, que todos somos hombres, réinaria entre nosotros una igualdad verdadera; la cual consistiria, en que el fuerte defendiese al débil, el sábio enseñase al rústico, y el rico socorriese al pobre. Esta es la única igualdad que puede tener lugar en las corporaciones humanas. Pero, por más bien que se hable de los sentimientos de la naturaleza, de los enlaces sociales é indigencias comunes, la malicia del hombre rompe, mediando su interés, los vínculos más sagrados, se rie de las miserias humanas, y cierra sus oídos á las voces del natural sentimiento. Por mas que gima el desvalido bajo la opresion violenta del poderoso, y por mas que buenamente clame: «yo soy hombre como tú; no me molestes;» el poderoso prosigue su malvada empresa, hasta ver al miserable consumido y acabado. Para evitar este inconveniente gravísimo, que produce la desigualdad natural, fueron establecidas la autoridad pública y las leyes. Observemos aquí, aunque de paso, un error muy craso y muy capital, que cometen los filósofos. Dicen, que es necesario establecer leyes, que restituyan al hombre á su primitiva igualdad; cuando, por el contrario, se debieran establecer, para corregir los abusos que ellos hacen de la desigualdad natural. Cain mata á su desarmado hermano: Acab se apodera con fuerza de la viña de Nabot. La ley resuelve inmediatamente: sin aprisionarse á Abel ni Cain, á Acab ni á Nabot, prohíbe la violencia injusta; y si está ya cometida, la castiga con toda severidad. Ved aquí establecida en las leyes la única igualdad que cabe entre los hombres. Bien que estos mismos ejemplos, que acabo de referir, manifiestan claramente, que las leyes, por sí solas, no bastan para entablar entre los hombres una igualdad efectiva. Tienen poca fuerza todas las leyes humanas, para impedir ó precaver los delitos. Ellas sancionan la pena para cuando ya están cometidos; pero, no penetran á sujetar el corazón, donde primero se fraguan. Para reducir, pues, los hombres á una perfecta igualdad, era necesaria una ley, que les dominase el corazón, y arreglase el pensamiento: una ley, que les obligase en público y en secreto, en la soledad y concurrencia, y

de la cual nadie pudiese escapar. Esta ley poderosa y admirable no es otra que el Evangelio: ni en la sociedad humana puede darse otra igualdad verdadera y perfecta, que la que él mismo prescribe.

El autor del Evangelio parece no tuvo otro objeto en todos sus sermones, ni otra mira en su conducta, que establecer entre los hombres la verdadera igualdad. Aquel Dios, que no reconoce igual en su esencia y perfecciones, se igualó con el hombre, haciéndose tambien hombre. ¡Oh hombre, á quien desvaneció la soberbia, hasta pretender ser como Dios, sin sufrir superior que te mandase, ni leyes que te contuviesen!... ¡Oh hombre! ¿qué cosa más débil y miserable que tú? Hombre y pecador, ¿puede darse cosa más injusta? hombre y soberbio, ¿hay cosa más insensata? Esto supuesto, tú no puedes ser igual á Dios: pero mira como tu Dios confunde tu propio orgullo, igualándose, en cuanto puede, contigo. Míralo, tomando la forma de siervo, siendo el único soberano; viviendo en suma pobreza, siendo el dueño de todo; y reduciéndose á débil, siendo el Omnipotente. ¿Y esto, por qué? Para entablar entre los hombres una perfecta igualdad. Desde aquel punto, nos llamó á todos hermanos, sin reservarse para sí otra cosa, que el título de primogénito. ¡Oh hombre! solo este ejemplo debería bastarte, para ver en los hombres tus iguales. Igualalo á nosotros con los hechos del divino Salvador, no hizo otra cosa, en toda la carrera de su vida, que predicar á los hombres la igualdad. No hay página del Evangelio, en que no la veamos brillar; pero ¿qué igualdad? No aquella de los filósofos, que todo lo revuelve, lo confunde y lo destruye; sino aquella verdadera y única, que buenamente puede haber entre los hombres, la cual tiene por espíritu al orden, y por objeto la felicidad común.

Cuando Jesucristo vino al mundo para establecer esta igualdad, no alteró los gobiernos, ni perturbó el orden social, ni privó á los hombres de sus empleos, dignidades y preeminencias: ántes todo lo contrario. Confirmó la pública autoridad del soberano. Declaró, que las potestades del siglo estaban establecidas por Dios, que eran sus vicarias en la tierra, y que, por lo mismo, el que las resistía, era rebelde á su Dios. Y efectivamente, aún cuando los primeros fieles, que acababan de beber la doctrina evangélica de aquella fuente divina, eran perseguidos con la crueldad más bárbara, siempre se mantuvieron obedientes á sus príncipes, aunque fuesen idólatras y tiranos. Por ellos dirigían súplicas fervorosas al Señor, le pedían la fidelidad en sus súbditos, la victoria en las batallas, y la fertilidad y abundancia en sus dominios.

Habiendo pues autorizado Jesucristo la diversidad de condiciones,

¿en qué hemos de constituir esta igualdad evangélica? ¡Ah hijos míos! en la perfectísima caridad que nos prescribe. Esta es la única que nos puede hacer verdaderamente iguales. Cualquiera otra igualdad es quimérica, imposible, funesta, y destructora del orden social y de la misma sociedad. Jesucristo llamó precepto suyo por excelencia á la caridad, y quiso que por ella únicamente fuesen conocidos sus discípulos, porque únicamente ella los podía hacer iguales. Ningun otro sistema de igualdad humana podrá tener efecto entre los hombres, por más meditado y especioso que sea. La verdadera igualdad social solo puede consistir en la dependencia mútua de los unos y los otros. Para que pueda permanecer, ha de tener por base un punto de union, en el cual sean todos iguales, lo cual es solo verificable en el plan del Evangelio, cuyo fundamento es la verdadera caridad. Observada ésta, todos seremos iguales; porque, segun ella, los unos penden de los otros, y á nadie se le quita cosa alguna. El rico pende del pobre, en la servidumbre que éste le presta, y en las oraciones que por él hace. El pobre pende del rico, en cuanto al sustento de la vida: el sábio, del ignorante, para no tener ociosos sus conocimientos; el ignorante, del sábio; para lograr aquellas luces que él no puede adquirir por sí mismo: el príncipe, de los súbditos, para ejercer su autoridad y sostener la fuerza pública: los súbditos, del príncipe, para que esta misma fuerza la emplee en su utilidad. Pero, no obstante, estos diversos ejercicios é incumbencias, todos, si escuchan el Evangelio, se reunen por último en un solo punto, que es el amor de Dios y del prójimo, con el cual se aman mútuamente como una familia sola procedente de un solo padre.

¡Hé! diréis: ¡qué bellas cosas nos predicais! pero ¿en qué consiste, que no tiene en el mundo mucho séquito esta igualdad evangélica, y es tan rara, aún en el centro del cristianismo? Bien: ¿y quién tiene la culpa de esto? ¿el Evangelio, ó nosotros, que no le queremos observar? Si los ricos insultan á los pobres, si los nobles desdennan á los plebeyos, si los grandes abandonan á los pequeños, y los sábios desprecian á los ignorantes, ¿quién es la causa de una desigualdad tan injuriosa é injusta? Sola la rebeldía é inobservancia de un Evangelio, que profesamos guardar en el sagrado bautismo. Entónces prometimos vivir iguales por caridad; y faltando despues á nuestra palabra, abandonamos la caridad y el Evangelio. ¡Oh confusion, oh vergüenza la nuestra! Sí: todos somos hijos de un mismo padre, y nos tratamos mútuamente como si fuéramos enemigos. En tiempos más felices, cuando florecia el Evangelio, la caridad conservaba entre los hombres su vigor. Ved (decian á pesar suyo los gen-

tiles), ved cuán tierna y entrañablemente se aman estos cristianos, y cuán iguales son todos! ¡Oh caridad, caridad! Por tí vimos á los más grandes reyes, y á las reinas más augustas, recogiendo á los pobres en sus palacios reales; aliviar sus necesidades, y tratarlos como á sus propios hermanos. Mas, tú, siglo de oscuridad y tinieblas, llamado por mal nombre ilustrado, tú te mofas de la igualdad evangélica de esos santísimos héroes, y los escarneces, llamándoles hombres débiles y nécios. Amas la igualdad; pero, añadiéndole el nombre de evangélica, ya te fastidia, y es para tí objeto de escándalo y vilipendio. ¿Qué has dejado de hacer, y qué no haces, para destruir y arruinar aquellos lugares sagrados, donde todavía se conserva algun vestigio de esta igualdad evangélica? El Dios de justicia dijo, en el colmo de su indignacion: «enhorabuena, tú despreciaste mi Evangelio y su igualdad; y yo permitiré que corra libremente entre los hombres una filosofia orgullosa, que introduzca en ellos otra igualdad, que sea su ruina y su exterminio.» Y ved aquí levantar su cabeza en el centro de Europa una igualdad funesta, parto vano y fútil de una imaginacion frenética, que ha sido despues madre fecunda de las iniquidades más horribles. Examinémosla, hijos míos, brevemente, sin otro fin, que el de que la abomineis más cada dia.

2. ¡Ojalá se hallasen aquí presentes todos aquellos filósofos que predicán la igualdad! Con la mayor dulzura y mansedumbre les preguntaria yo: «decidme, amigos, decidme ingénuamente, ¿qué clase de igualdad es esa, que queréis introducir en el mundo? ¿es acaso la igualdad en los bienes? Mas ¡qué injusticia despojar á un ciudadano de sus bienes para dárselos á otro! La principal base de cualquiera union social es la seguridad en la propiedad. Pero, vaya: sean enhorabuena todos igualmente ricos. ¿Durará mucho tiempo esta igualdad? Es imposible: vosotros mismos lo conoceis. Para impedir, pues, que uno sea más rico que el otro, seria necesario estar siempre con las armas en la mano, y pélear contra la industria, contra la actividad, contra el talento; y si á pesar de este cuidado, llega uno á ser más rico que el otro, será preciso valerse de la fuerza, robarle el fruto de sus sudores, y reducirlo al equilibrio. Ahora bien, decidme, no ya en el nombre de aquel Dios, en quien no creéis, sino por vuestra propia honradez: ¿aplaudiriais vosotros á un comerciante, que se juzgase con derecho para matar á otro cualquiera, que supiese negociar mejor que él?... Mas. ¿Será á lo ménos vuestra igualdad una igualdad de honor? Siendo igualmente honrados los buenos y los malos, los aplicados á las artes y los vagos; el honor, ya no es honor. Finalmente, ¿quereis una igualdad de autoridad? Pero, donde manden igualmen-

te todos, ¿quién queda para obedecer? Donde todos sean soberanos, ¿dónde estarán los súbditos?

Los filósofos dijeron, que todos eran iguales, porque querian ser ellos los únicos superiores: fingieron poner el mando en manos de todos, y ellos solos se quedaron con el mando: promulgaron igualdad, para introducir y plantar la esclavitud. ¡Desgraciados pueblos! vosotros, sin conocerlo ni advertirlo, caisteis en el lazo. Entended bien su lenguaje, y desengañaos de una vez para siempre: lenguaje de hechos más perceptible y verdadero que el de las palabras. Ya somos todos iguales, claman á los pueblos seducidos: ya somos todos iguales; pero nosotros mandamos, y vosotros nos debéis obedecer. Todos somos iguales; pero lo útil y lo precioso ha de ser para nosotros. Nosotros hemós de ser ricos: vosotros pobres. Nosotros tiranos: vosotros esclavos. Vosotros derramareis vuestra sangre por una igualdad quimérica; y, miéntras tanto, nosotros, celebrando vuestra necesidad, recogeremos los frutos. ¡Oh pueblo! (dicen) tú eres el soberano; pero has de callar, porque de nuestra resolucion sola penden las cárceles, los destierros, la cuchilla, la segur. La igualdad, que establecemos, consiste, en que tú lo sufras todo, sin despegar siquiera tus labios, y en que nosotros podamos emprenderlo todo, sin el temor del castigo. Bajo este principio, seamos todos iguales. ¡Bella igualdad! ¡Bellos hermanos! ¿Qué tirano ni que déspota se atrevió jamás á tanto?

La justicia divina, con el azote de la igualdad, castigó á los pueblos que la apetecieron; y los pueblos mismos fueron el azote de los filósofos soberbios, que la inventaron. Dios, el mismo Dios, enojado, presidió los consejos de unos y otros: los cegó, los confundió, hasta hacerlos la burla y el vituperio del universo. Se apoderó de ellos un espíritu de deslumbramiento, y no resultó otra cosa de sus asambleas que confusión y desórden. Formaron leyes; de allí á poco las anularon: sustituyeron otras, y les sucedió lo mismo. Prometieron abundancia, é introdujeron miseria: paz, y procuraron con todo ahinco la guerra. No hablaron más que de virtud y amor de patria, y hollaron la patria, la religion, la virtud, hasta mirar con desprecio las máximas más respetadas en todo el género humano. Publicaron los derechos del hombre, y, al mismo tiempo, los violaron sin escrúpulo ni rubor. Sublevaron con su igualdad al hijo contra su padre, al súbdito contra el rey, y pegaron fuego á las familias, haciéndolas víctimas de la discordia, divorcio y desesperacion.

Huyamos, hermanos míos, de las novedades perniciosas, y no nos dejemos seducir de palabras lisonjeras. Enciéndase en nuestros corazones la caridad evangélica, y veremos reinar con ella entre nosotros

la igualdad cristiana. Grandes y pequeños, señores y vasallos, nobles y plebeyos, ricos y pobres, en fin, todos seremos hermanos, y cada uno estará contento en el estado en que plugo al cielo colocarlo. Solo el amor evangélico puede establecer la verdadera igualdad.

¡Gran Dios! dilatad el corazón de los grandes, para que amparen y socorran á aquellos infelices que les están sujetos. Abrid también los ojos al pueblo, para que vea los contrapesos que tiene la elevacion de los grandes. Contrapeso de obligaciones estrechas, de obligaciones árduas, y obligaciones sin fin. Contrapeso de cuidados, de aflicciones y de temores, por los cuales es muchas veces ménos grato el estado de nobleza y de elevacion, que el de oscuridad y abatimiento. En fin, alcanzad para todos la caridad evangélica, para que queden con ella verdaderamente iguales, y sean despues eternamente dichosos.

Véase: CONDICIONES (*Desigualdad de*).

IMÁGENES; véase: *Oracion á los Angeles y á los Santos*.

IMITACION DE LOS SANTOS; véase: CULTO DE LOS SANTOS, y SANTOS.

## IMITACION DE JESUCRISTO.

*Oves meæ vocem meam audiunt... et sequuntur me.*

Mis ovejas oyen la voz mia... y ellas me siguen.

(JOANN. X, 27.)

El Hijo de Dios, que nada hizo ni habló en este mundo, sino para el gobierno y la enseñanza de los hombres, nos da en el Evangelio, con dos solas palabras admirables, una instruccion preciosa y necesaria, sobre la obligacion y la conducta que debemos tener todos los hombres, y más particularmente los cristianos. Con motivo de una